

II Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo C

La señal de la boda de Caná

Un niño en el pozo

La caída del niño Julen en un profundo pozo en Málaga y el maravilloso despliegue humano que el rescate de su cuerpo está suponiendo tienen en vilo a esta España nuestra y a muchísima gente que en el mundo se siente sensible y solidaria. El final de la búsqueda es incierto pero lo que sí es verdad es que esta tragedia ha suscitado la verdadera misericordia entre las personas sensibles pues, además de los sentimientos, se han puesto en marcha todos los mecanismos posibles, técnicos y humanos, para acometer la gran aventura de rescatar la vida de un niño indefenso de la fosa más profunda. Ojalá que todo salga bien.

El pozo de muchos niños

Este primerísimo plano de la realidad puede servirnos también como señal del pozo abismal para muchos niños en que se encuentra el mundo actual, y ante el cual, lamentablemente, no siempre se activan los mecanismos adecuados, técnicos y humanos, de un rescate posible. El desmoronamiento de las instituciones sociales, el descrédito de todo lo que suena a política, la pérdida o degradación de los valores humanos, la corrupción y la inmoralidad imperantes en el mundo, y también en el interior de la Iglesia, y un largo etcétera que cada cual puede incorporar en su reflexión personal constituyen el barbecho salvaje y silvestre de una civilización decadente que, muy frecuentemente, no sabe atender y cuidar la vida de los seres humanos, que se desentiende de la situación de los pobres, inmigrantes y refugiados, de los millones de hambrientos del mundo, de los niños voluntariamente abortados, de los niños abandonados, de los menores abusados, de los ancianos descuidados, de las mujeres maltratadas ...

La esperanza profética ante el desastre

El panorama desastroso de la realidad social, política y religiosa que actualmente vivimos tiene su cierto parecido también con el de aquel pueblo sumido en la calamidad más miserable, el del pueblo de Judá en la época del destierro de Babilonia, en el siglo VI a.C, que está en el trasfondo del texto de Isaías de este domingo y que, sin embargo, lleva un gran mensaje de esperanza (Is 62,1-5).

Como la alegría de una boda

Con aires de boda e imágenes apasionadas de amor y de abandono, el profeta compone un poema excelso, a través del cual expresa el amor de Dios que se dirige a su pueblo, como un esposo enamorado a su esposa abandonada y abatida, para declararle el amor regenerador de la vida y de la esperanza. La alegría del encuentro nupcial es el colofón del poema en el que Dios se desvela por su pueblo con la aurora de la justicia y de la salvación que ilumina la tierra devastada y abandonada, a través de un amor radiante de alegría que la ha transformado en favorita y desposada. Y el cántico destila puro amor divino en la frase final donde Dios mismo encuentra su alegría en el amor humano entre el

hombre y la mujer: "la alegría que encuentra el marido con su esposa, la encontrará tu Dios contigo".

La extraña boda de Caná

También de apuros y de boda habla el evangelio de este domingo, pues Juan cuenta lo que le ocurrió a Jesús en la boda de Caná de Galilea (Jn 2, 1-11). Todos hemos oído hablar de aquella boda, pero no siempre hemos prestado suficiente atención a su mensaje. Para tratarse de una boda casi todo lo que ocurre es muy extraño. Extraña, en principio, que unos novios no calculen el vino necesario para su fiesta de boda, pero extraña más todavía que el maestresala, encargado del banquete, no se diera cuenta de esta falta y tuviera que ser precisamente una invitada, María, la que constatará la triste situación.

Extrañezas de la boda

Llama la atención que Jesús, siempre atento a las necesidades del prójimo, responda a su madre con unas palabras que pueden sonar a descortesía o falta de interés por resolver el problema: *«¿Qué nos importa a mí y a ti, mujer? Todavía no ha llegado mi hora.»* Sorprende, por lo demás, que en el lugar donde se celebraba la boda hubiera seis tinajas de piedra, de unos cien litros cada una, destinadas a los ritos de purificación de los judíos. Seiscientos litros de agua parecen demasiados para un lavado ritual. Reclama la atención del lector el hecho de que Jesús mande sacar agua de las tinajas para que los sirvientes la llevaran al maestresala, y que éste, al probarla, vea que se trata de vino de calidad. Sin pararse a investigar más, el maestresala reprocha al novio el haber reservado el vino de calidad para última hora. No sabía de qué iba la cosa... Y por último sorprende sobremanera una boda en la que no se hace mención alguna de la novia. Al terminar este relato, dice el evangelista: *«Esto hizo Jesús como principio de las señales en Caná de Galilea.»*

El principio de las señales

Lo que aquí se narra no es tanto un aparatoso milagro cuanto *«el principio de las señales»*, el comienzo de algo nuevo y distinto que Jesús inauguraba y que el evangelista expresa gráficamente como si se tratase de un hecho sucedido. Agua, vino y boda son signo de otras realidades conocidas por los judíos. La religión de Israel giraba en torno al agua. El agua era el medio para la purificación del pecado cometido. El vino era un símbolo del amor entre los esposos: *«Tu boca es vino generoso»* (Cant 7,10). La boda representa la alianza entre Dios y el pueblo. La antigua alianza estaba basada en unas tablas de piedra, las tablas de la ley -de piedra son también las tinajas-. La nueva alianza -la boda de Dios con el pueblo que lidera Jesús- no se basa ya en la Ley, sino en el amor, vino que hace soñar otra vida.

La preeminencia de la palabra de Jesús

Destaca en el texto el diálogo de Jesús con su madre, centrado en la expresión de María cuando muestra el protagonismo del Hijo y de su fidelidad total al Padre y a la hora que éste ha previsto para comunicar su amor: *Lo que él os diga, eso haced*. María no se impone por su autoridad de Madre a Jesús, sino

que se presenta como fiel discípula de Jesús; su actitud revela delicadeza, no exige un milagro sino que, atenta a una situación difícil, la da a conocer. La expresión de María no reviste el acento de imperativo (presente en la traducción más frecuente: Haced lo que él os diga) sino que denota una eventualidad que sólo determina Jesús.

La Alianza para hacer lo que ha dicho el Señor

Esta expresión se encuentra en contexto de Alianza: Todo el pueblo respondió a una: "*haremos todo cuanto el Señor ha dicho*"(Ex 19,8). La expresión transparenta una completa obediencia a Dios. María representa el nuevo pueblo en contexto de Alianza. María, la mujer -tipo del pueblo fiel- hace una profesión de fe en la todopoderosa palabra de Jesús y le manifiesta una total disponibilidad. Y realiza asimismo una función mediadora: igual que Moisés se situaba entre Dios y el pueblo, ella se coloca entre Jesús y los discípulos.

La hora del amor consumado en el sacrificio

Cuando Juan presenta este episodio como señal está destacando que se trata de algo más que un hecho. La boda en Caná de Galilea es algo más que una ceremonia, y que un banquete. En Caná, Jesús anunció al maestra sala, dándole a probar el vino, la sustitución definitiva del agua-ley por el vino-amor, de la Antigua por la Nueva Alianza. La hora definitiva de esta sustitución tendría lugar en la cruz, donde el vino-sangre de Jesús acabó para siempre con la Ley para instaurar el amor como único y definitivo mandamiento. En su aparente inoportunidad, la boda anuncia ya la hora de la verdad. La hora de la gloria es la hora de la transformación, de la conversión y de la consumación. Del agua se saca un vino delicioso. De las tinajas ritualistas de una religión aguada se saca el vino de la alegría por una Alianza que es encuentro y fiesta. Pero la hora del amor consumado pasará por el sacrificio, donde la pasión y el dolor se manifiestan como amor "a fondo perdido", lleno de vida y de gloria. La Pasión de Jesús es la boda de Dios con la humanidad. El amor de la entrega es el único camino para sacar a la humanidad del abismo.

"Lo que él diga"

Para afrontar toda situación de apuro prestemos atención al evangelio, especialmente porque la Madre de Jesús, que siempre nos acompaña, nos dice hoy lo que dijo entonces en aquella boda: "*lo que él diga, eso haced*". Tendremos todos los domingos del año para ir aprendiendo de Jesús lo que él nos diga desde el Evangelio de Lucas. Si empezamos a hacer lo que nos diga, será posible el rescate de la fosa profunda y la transformación de las relaciones humanas, desde el amor de la entrega apasionada de la vida, como en fiesta de boda.

José Cervantes Gabarrón, sacerdote misionero y profesor de Sagrada Escritura